que á su luz sueñan las enamoradas lánguidamente. Así, en todas las resoluciones de Pablo, el móvil es siempre una mujer; todos los pensamientos de mi amigo se dirigían hacia ellas, como todos sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

Cuando hablé á Pablo del viaje á Italia se negó rotundamente á salir de París; pero en cuanto le hube contado algunas aventuras de viaje, añadiendo que las italianas eran encantadoras y que gozaríamos en Nápoles placeres refinados, gracias á una recomendación que me dieron para un señor Miguel Amoroso, cuyas relaciones son muy útiles á los viajeros, se dejó convencer.

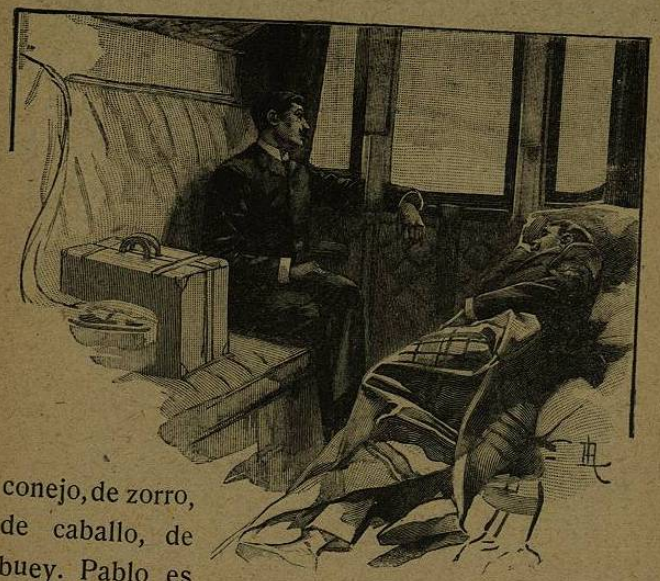
II

Tomamos el *rápido* un jueves 26 de Junio. En ese tiempo viaja poca gente por el Mediodía. Ibamos en un vagón los dos, solos y malhumorados, arrepentidos casi de alejarnos de París y de nuestro proyecto de viaje; ya echábamos de menos la frescura deliciosa de Marly, el Sena, tan hermoso, las riberas tan agradables y las horas de dulce vagar en una barca, la somnolencia del atardecer, las noches templadas.

Pablo, metido en un rincón, dijo cuando el tren se puso en marcha: «Es una estupidez ir tan lejos.»

Pero como ya era tarde para variar de parecer, le respondí: «Haberlo dicho á tiempo.»

Calló. Al verle tan rabioso, me dieron ganas de reir. Parecía una ardilla. Todos los hombres presentan en sus facciones alguna semejanza con un tipo animal, como un recuerdo remoto de su raza primitiva. Algunos tienen cara de perro, cabeza de



conejo, de zorro, de caballo, de buey. Pablo es una ardilla transformada en hombre. Los ojos vivarachos, el pelo rojo, la nariz puntiaguda; movimientos vivos, y una misteriosa semejanza en el conjunto; ¿qué sé yo? Los gestos, las actitudes; todo, en una palabra.

Nos quedamos dormidos, con un sueño tumultuoso, á cada punto interrumpido por los dolores que ocasionan las malas posturas y las bruscas paradas del tren.

Nos incorporamos á orillas del Ródano. Y pronto el canto de las cigarras, entrando por la portezuela, ese canto que parece la voz de la tierra caldeada, inundó nuestro rostro, nuestro pecho, nuestras almas, con la sensación alegre del Mediodía, de la patria pedregosa y clara, de los olivos de troncos agarrotados, bajo la hojarasca verde y gris.

Cuando el tren se detuvo, un empleado, recorriendo el andén, lanzaba como un grito sonoro el nombre de la estación y repetía la palabra con tal acento, que de nuevo nos hizo sentir el ambiente de Provenza, ya percibido en el canto de las cigarras.

Hasta Marsella nada hubo de nuevo.

Bajamos para almorzar.

Cuando volvimos al vagón, una mujer se había instalado allí.

Pablo me guiñó el ojo, satisfecho, y se retorció los bigotes, maquinalmente; después, quitándose el sombrero, hundió sus cinco dedos, como un peine, en su cabellera, muy alborotada por aquella noche de viaje. Y fué á sentarse frente á la desconocida.

Cada vez que me hallo, sea en viaje, sea en sociedad, ante un rostro nuevo, me obsesiona el

deseo de adivinar qué alma, qué inteligencia, qué carácter, se ocultan debajo de aquellas facciones.

Era una joven, muy joven y muy bonita, del Mediodía seguramente. Soberbios ojos, admirable pelo, rizado, encrespado, vigoroso, largo y tan abundante, que producía sobre ella la sensación de su peso. Vestida con cierta elegancia y cierto mal gusto meridional, aquella mujer era una de tantas. Sus facciones, bien dibujadas, no tenían la graciosa intención, la delicadeza, que son la señal hereditaria de una sangre noble.

Llevaba pulseras demasiado anchas para ser de oro, pendientes adornados con piedras transparentes, demasiado grandes para ser diamantes; y en toda su figura y en sus modales, traslucíase la vulgaridad. Adivinábase que hablaría gritando y moviéndose con exceso.

El tren se puso en marcha.

La mujer seguía inmóvil en su puesto, con los ojos ceñudos, como si estuviese furiosa. Ni siquiera nos miró.

Pablo hablaba conmigo, diciendo cosas meditadas para producir efecto, presentando los asuntos de conversación que pudieran interesar, como un

feriante presenta sus mercancías procurando atraer.

Pero ella seguía imperturbable.

—¡Tolón! ¡Diez minutos de parada y fonda!—gritó un empleado—. Bajamos, y en el andén, Pablo me dijo:

—¿Sabes qué mujer será ésta?

Y riendo, le contesté:

—No puedo sospecharlo siquiera; pero no me importa.

Pablo iba ya entusiasmándose.

—Guapa lo es, brutalmente guapa, y fresca, y arrogante. ¡Qué ojos! Pero sin duda va disgustada. Debe tener preocupaciones; no se fija en nada.

Yo murmuré:

—Perderás el tiempo.

Y respondió picado:

—No es mucho perder. Sólo he dicho que la encuentro muy guapa... Si le dijéramos alguna cosa... ¿Pero qué podríamos decirle? ¿No tienes alguna idea tú? ¿No se te ocurre nada? ¿Qué clase de mujer será esa?

—No lo sé; pero es muy posible que sea una comiquilla que va en busca de su gente, después de una escapatoria amorosa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

Comprendí que Pablo se disgustaba como si lo que yo decía pudiera herirle, y replicó:

—¿Y en qué te fundas para suponer eso? Al contrario, yo la encuentro una expresión muy distinguida.

Insistí:

—Observa las pulseras, los pendientes, el vestido. También puede ser una bailarina ó una titiritera; pero más parece bailarina. En todo su cuerpo hay algo que recuerda el teatro.

Esta idea le molestaba indudablemente.

—No; es muy joven, amigo mío; apenas tiene veinte años.

—Pero á los veinte años ya se pueden hacer muchas cosas, y los oficios del teatro no se comienzan á la vejez, sin contar otros; acaso los que practique únicamente...

—«¡Señores viajeros, al tren!»—gritaba el empleado.

Subimos. Nuestra compañera de viaje comía una naranja. Decididamente sus maneras no me parecieron distinguidas. Había extendido su pañuelo sobre las rodillas, y sus actitudes, arrancando la cáscara, llevándose á la boca los gajos y escupiendo las pepitas, revelaban una educación vulgar.

Mostrábase más arisca é inabordable que nunca, y tragaba rápidamente la fruta con una expresión furiosa, que hacía gracia.

Pablo la devoraba con los ojos, pensando qué haría para atraer su atención, para despertar su curiosidad. Y volvió á conversar conmigo, exponiendo una serie de ideas elevadas, citando familiarmente nombres conocidos. Ella no hacía caso y fueron inútiles todos los esfuerzos.

Pasamos Fregus y San Rafael. Atravesábamos un jardín, un paraíso de rosas, de naranjos y limoneros, que ofrecían á la vez sus blancas flores y sus dorados frutos, el reino de los perfumes en la patria de las flores sobre la ribera incomparable que va de Marsella á Génova.

En Junio es cuando se muestra delicioso aquel país, donde crecen, libres y silvestres, en los valles angostos y en las colinas, las más delicadas flores. En todas partes rosas, campos, llanuras, sotos, bosquecillos de rosas. Las rosas trepan sobre los muros y se abren en los tejados, escalando los árboles, asómanse entre las hojas, blancas, encarnadas, amarillas, unas pequeñas y otras enormes, unas

de corola sencilla y otras abundantes y apretadas.

Y su transpiración, poderosa y continua, embalsama el aire, haciéndolo denso y acariciador. Y el aroma todavía más penetrante del azahar, endulza los labios que lo respiran y es una golosina para el olfato.

La costa de rocas obscuras extiéndese bañada por el Mediterráneo inmóvil. El ardiente sol del estío cae como una sábana de fuego sobre las montañas, sobre la playas arenosas y sobre el mar de un azul intenso. El tren avanza, entra en los túneles para atravesar los cabos, resbala sobre las ondulaciones de las colinas, pasa por encima del agua sobre terraplenes verticales como murallas; y dulces, vagas emanaciones salinas, emanaciones de algas que se secan mézclanse al turbador perfume de las flores.

Pero Pablo no veía nada, no miraba nada, no sentía nada. La viajera absorbía toda su atención.

En Cannes, deseando hablarme á solas, me invitó á bajar.

Apenas salimos del vagón se apoyó en mi brazo.

—Te habrás fijado en que es encantadora. Mira

sus ojos. Y su pelo, amigo mío, ¡nunca vi un pelo semejante!

Yo le dije:

—Vaya, cálmate, ó comienza la conquista si estás decidido: creo que la plaza no es inexpugnable.

El insistió:

—¿No podrías hablarle tú? Yo no sé qué decirla. Tengo una timidez estúpida para los comienzos. Nunca supe abordar á una mujer en la calle. Las sigo, doy vueltas á su alrededor, me acerco y no encuentro jamás la frase oportuna. Una sola vez hice una tentiva de conversación; viendo evidentemente que me atendía y que ya era imprescindible decir algo, murmuré: «¿Cómo está usted, señora?» La dió risa mi simpleza y escapé avergonzado.

Prometí á Pablo usar de toda mi pericia para promover una conversación, y cuando volvimos al coche, pregunté galantemente á nuestra compañera de viaje:

—¿La molesta el humo del cigarro, señora?

Ella contestó:

—*Non capisco.*

¡Era una italiana! Sentí deseos invencibles de

reir. Pablo no entendía una palabra de italiano, ni ella de francés; era necesario que yo sirviera de intérprete, y me dispuse á desempeñar mi oficio, diciendo entonces en italiano:

—Preguntaba, señora, si la molesta el humo del cigarro.

Ella respondió furiosamente:

—Tanto me da.

No había movido la cabeza ni vuelto hacia mí los ojos; quedé perplejo, no sabiendo si debía tomar aquella respuesta por una autorización ó por una negativa, como una señal de indiferencia ó un duro «déjeme usted en paz».

Insistí:

—Señora, si el humo la molesta...

Ella respondió entonces: —«¡Nada!»—como hubiera dicho: «¡Vaya usted á paseo!» Era, sin embargo, un permiso, y le dije á Pablo que podía fumar. Miróme con esos ojos asombrados de las personas que tratan de comprender, sin conseguirlo, una lengua extranjera, y me preguntó bastante intrigado:

—¿Qué la dijiste?

—Si podíamos fumar.

—¿No sabe francés?

—Ni una palabra.

—¿Qué respondió?

—Que podíamos hacer todo lo que nos diese la gana.

Y encendí un cigarro. Pablo insistió:

—¿No ha dicho nada más?

—Amigo mío, si hubieses contado sus palabras, notarías que ha pronunciado seis: dos para decir que no entendía el idiomà francés; quedan cuatro; y cuatro palabras no pueden significar muchas cosas.

Pablo estaba confuso, contrariado; sentíase infeliz.

Bruscamente la italiana, con el tono áspero que parecía natural en ella, me hizo esta pregunta:

—¿Sabe usted á qué hora llegaremos á Génova?

Y contesté:

—A las once de la noche, señora—. Y después de un minuto de silencio, añadí: —Nosotros vamos también á Génova, y si pudiésemos, mi amigo ó yo, servir á usted en algo, nos daríamos por muy satisfechos.

Ella no contestaba; yo insistí:

Yendo usted sola, pudiera necesitar de nosotros...

Ella pronunció una tan dura negativa, que me hizo enmudecer.

Pablo me preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Que le pareces muy guapo.

Pero él no tenía ganas de bromas y me rogó seriamente que dejase las burlas para mejor oportunidad. Entonces le dí cuenta de la pregunta de la mujer y de mis galantes ofrecimientos tan brutalmente rechazados.

Pablo, mostrándose inquieto como una ardilla enjaulada, me dijo:

—Si averiguásemos en qué hotel se hospeda, iríamos á parar allí. Busca un motivo de conversación, á ver si puedes enterarte con maña.

No era cosa fácil y nada imaginé, á pesar de sentir ya vivos deseos de comunicación con aquella mujer insociable.

Pasamos por Niza, Mónaco, Menton; el tren se detuvo en la frontera para que los aduaneros hiciesen la requisa de los equipajes.

A pesar del horror que me inspiran las personas mal educadas que almuerzan y comen en el tren,

bajé á comprar una carga de provisiones para tentar, como esfuerzo supremo, el apetito de nuestra compañera. Me parecía que aquella muchacha, en circunstancias normales, no era difícil de abordar. Un disgusto cualquiera la puso tal vez en aquel estado irritable; pero bastaría la menor cosa, el más leve deseo, la palabra más frívola, el ofrecimiento más insignificante para decidirla y conquistarla.

Al arrancar el tren, extendí sobre un asiento mis vituallas: partí el pollo, coloqué las lonchas de jamón sobre un papel, puse cerca de la mujer los postres: fresas, ciruelas, cerezas, pasteles y dulces.

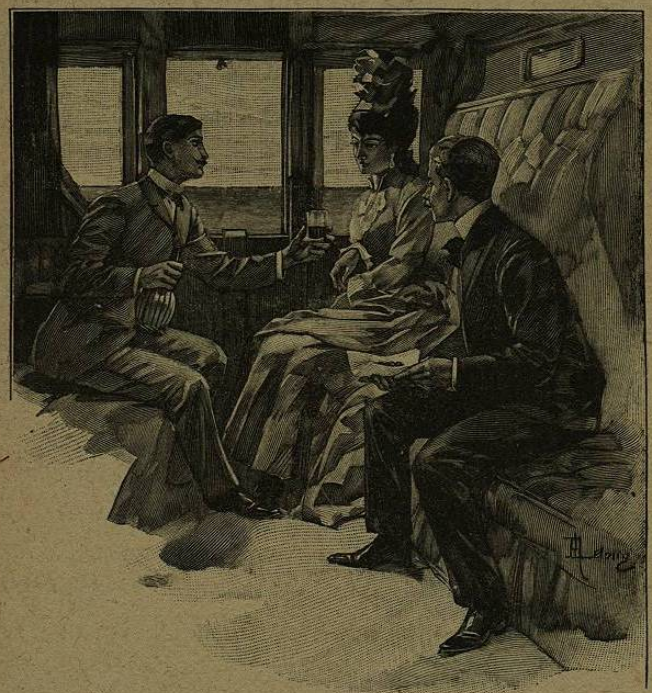
Cuando vió que principiábamos á comer, sacó de un saquillo de mano una onza de chocolate y un panecito, royéndolo con sus dientes afilados.

Pablo me dijo en voz baja:

—Invítala.

—Ya pienso hacerlo; pero busco palabras oportunas...

Ella miraba de reojo nuestras provisiones y comprendí que después de acabar su panecito y su chocolate la quedarían aún buenas ganas de co-



mer. Aguardé á que diera fin con su refrigerio frugal, para decirle:

—Nos honraría usted mucho, señora, si aceptase alguna fruta...

Negóse, pero menos bruscamente que acostumbraba, y entonces insistí:

—Si no quiere fruta, me atreveré á ofrecerla un poco de vino. Como no ha bebido usted... Es vino de su tierra, vino italiano, y, puesto que somos ya sus huéspedes, nos complacería que una divina boca italiana se dignase aceptar el ofrecimiento de unos franceses.

Movía la cabeza dulcemente con intención de negarse y con deseo de aceptar; cogí la botella y llenando una copa se la presenté, diciendo:

—Beba usted, para darnos la bienvenida ya en su patria.

Cogió la copa y vaciándola de un sorbo, porque sin duda estaba sedienta, me la devolvió sin darme las gracias.

Entonces le ofrecí las cerezas.

—Coja usted, señora; se lo ruego. Ya ve cuánto nos complace su confianza.

Miró de reojo las frutas y dijo, tan rápidamente, que me costó algún trabajo traducirlo:

—*A me non piacciono ne le ciliegie ni le susine; amo soltanto le flagole.*

—¿Qué ha dicho? — preguntó Pablo inmediatamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Ha dicho que no le gustan las cerezas ni las ciruelas; que le gustan solamente las fresas.

Y puse sobre las rodillas de la mujer un periódico lleno de fresas campestres. Empezó á comerlas con gusto, cogiéndolas con los dedos, echándolas á la boca desde cierta distancia y abriendo sus labios, para cogerlas, de un modo gracioso y atractivo.

Cuando acabó, cuando el rápido movimiento de su mano hizo desaparecer en su boca la última fresa, le pregunté:

—Ahora, ¿qué podría ofrecerle que la fuese agradable?

Y contestó:

—Deme un pedazo de pollo.

Devoró la mitad del ave á grandes bocados y con ansias de animal carnívoro. Luego decidióse á comer cerezas y ciruelas—que no la gustaban—y pasteles. Dijo, acabando:

—Ya basta.

Y se hundió en su rincón.

Aquello me divertía mucho y procuré que siguiera comiendo--multiplicando, para decidirla—

mis cumplidos y mis ofrecimientos. Pero de pronto volvió á enfurecerse, lanzándome á la cara un terrible «¡Nada!»

Volviéndome hacia mi amigo, le dije:

—Mi pobre Pablo: me parece que perdimos el pleito y las costas.

Acercábase la noche, una calurosa noche de estío, que lentamente cuajaba de sombras la tierra abrasada. A lo lejos, de trecho en trecho, junto al mar, lucían las farolas de los cabos en los más altos promontorios, y algunas estrellas—apareciendo también sobre un horizonte obscuro—confundíanse con los faros.

El perfume de los naranjos hacíase más penetrante; lo respirábamos con avidez, ensanchando mucho los pulmones para que llegase hasta lo más hondo. Algo muy dulce, delicioso, divino, parecía flotar en el aire embalsamado.

Y de pronto vi á la sombra de los árboles, á lo largo de la vía, sobre la negra obscuridad, algo así como una lluvia de estrellas. Parecían gotas de luz saltando, revoloteando, corriendo entre las hojas astros diminutos caídos del cielo para juguetear sobre la tierra. Eran las luciérnagas, insectos lu-

minosos que bailoteaban en el aire perfumado una extraña danza de fuego.

Una luciérnaga entró casualmente en nuestro vagón; iba de uno á otro lado con su intermitente fulgor, tan pronto apagado como encendido. Cubrí el farol con la pantalla azul, contemplando las evoluciones del insecto luminoso, las curvas caprichosas de su vuelo inflamado. De pronto fué á posarse sobre los negros cabellos de nuestra compañera de viaje, que reposaba con los ojos cerrados. Y Pablo la contemplaba extasiado, con la mirada fija en aquel punto movible y brillante como una joya viviente sobre la cabeza de una soñadora.

La italiana se incorporó á las diez y cuarenta y cinco, llevando aún prendido en los cabellos el insecto luminoso.

Dirigiéndome á ella, dije:

—Ya llegamos á Génova.

Ella, sin ocuparse de nosotros, murmuró, como si un tenaz y abrumador pensamiento la obsesionara:

—¿Y qué hago yo ahora?

Luego, de repente, me preguntó:

—¿Me permiten ir con ustedes?

Dejóme tan sorprendido aquella pregunta, que no pudiendo explicármela, interrogué:

—¿Qué significa eso? ¿Qué quiere usted decir?

Ella repitió cada vez más rabiosa:

—¿Me permiten ir con ustedes ahora mismo?

—¡Ya lo creo! ¿Y dónde quiere usted que vayamos? ¿A dónde quiere que la llevemos?

Encogióse de hombros con soberana indiferencia:

—Donde ustedes quieran; lo mismo da.

Y repitió: —«Lo mismo da; lo mismo da.»

—Nosotros vamos al Hotel.

Ella masculló, indiferente, casi despreciativa:

—Pues bueno; al Hotel.

Acerquéme á Pablo y le dije:

—Me ha preguntado si tenemos inconveniente alguno en llevarla con nosotros.

La sorpresa loca de mi amigo hízome recobrar mi serenidad. Pablo balbució:

—¿Con nosotros? ¿Por qué? ¿A dónde? ¿Cómo?

—¿Lo sé yo por ventura? En tono brusco acaba de hacerme la proposición. He dicho que íbamos al Hotel, y me ha replicado: «¡Bueno; al Hotel!» No debe traer dinero. Tiene una bonita manera de franquearse.

Pablo, agitado y tembloroso, dijo:

—Claro, sí; me parece bien; dile que la llevaremos adonde más la guste—dudó un instante y prosiguió, inquieto:—Pero es necesario que sepamos por cuál de los dos se decide. ¿Irá contigo? ¿irá conmigo?

Dirigiéndome á la italiana, que no se preocupaba de nuestra conversación, sumergida por completo en su indiferencia, dije:

—Nos agrada mucho que usted nos acompañe; pero mi amigo está impaciente por saber si usted se apoyará en su brazo ó en el mío.

Abrió desmesuradamente sus ojazos negros, y respondió con vaga inquietud:

—¿Qué más da?

Insistí:

—Creo que llaman los italianos al amigo que se preocupa de cuidar y servir á una mujer, que atiende á sus deseos y á sus caprichos, un *paciente*. ¿A cuál de los dos elige usted para servirle de *paciente*?

Ella contestó de pronto:

—A usted.

Entonces le dije á Pablo:

—Me ha preferido; lo siento por ti; no te ayuda la suerte.

Pablo, rabioso, me felicitó. Y después de reflexionar algunos minutos, me dijo:

—¿Pero cargas con esa pájara? ¡Bonito viaje! ¿Dónde nos presentaremos con una mujer así? No querrán alojarnos en ningún hotel decente.

La italiana me iba pareciendo interesante, muy superior á como la juzgué al principio; y deseaba, sí, deseaba llevarla conmigo. Me complacía esta idea, sintiendo ya la impaciente inquietud, el escozor que la perspectiva de una noche de voluptuosidad derrama en las venas. Contesté:

—Amigo mío, ya hemos aceptado; no es posible retroceder. Tú me aconsejaste que aceptara.

Pablo murmuró:

—Es una cosa estúpida. ¡Bien! Haz lo que te plazca.

El tren silbaba y se detenía: llegamos.

Bajé del vagón; ofrecí la mano á mi compañera de viaje, que saltó ligeramente y admitió mi brazo sin repugnancia. Cuando hubimos recogido los equipajes, penetramos en la ciudad. Pablo iba en silencio, nervioso.